

de luchar, envió contra él, si no al más grande, al más afortunado de sus hijos. Roma confió su propia fortuna á la fortuna de Pompeyo, que acababa de poner un término á la guerra de los piratas. Pompeyo, que más adelante había de perder en una batalla el mundo, ganó el Oriente en una sola batalla, venciendo á Mitrídates en la grande Armenia.

Vencido, pero aún no domado, Mitrídates, solo y proscrito, revolvía en su mente las más agigantadas empresas. Su proyecto era salvar los Alpes apoyado en todos los escitas y en todos los pueblos bárbaros que encontrase en su camino, y llevar después la guerra, como en otro tiempo Aníbal, al corazón de la Italia y hasta las puertas de Roma. Para llevar adelante su propósito encargó á hombres de su confianza que trasladasen sus hijas al país de los escitas, y que se las dieran en matrimonio á los que estuviesen decididos á servirle en sus proyectos. Pero estaba escrito en el cielo que Roma había de triunfar del último de los hombres grandes que lanzó contra ella la cólera del Oriente. Abandonado de los suyos, y hasta de su propio hijo, Mitrídates puso un término á sus días ayudado de uno de sus más fieles servidores. Las historias están llenas de héroes que debieron su fama á sus conquistas, y que conquistaron la tierra para engrandecerse y para alcanzar un nombre glorioso, que no había de perecer sino con la consumación de los tiempos. Aníbal y Mitrídates son los únicos que no fueron héroes sino por la exaltación de su facultad de aborrecer; los únicos cuyas conquistas no se debieron á su sed de engrandecimiento, sino á su sed de venganza; los únicos, en fin, que debieron á sus gigantescos odios la eternidad de sus nombres. Verdad es que ningún pueblo fué tan grande que pudiera excitar tan grandes odios ni antes ni después del pueblo romano.

Medio siglo después de terminada la guerra con Mitrídates la más poderosa de todas las Repúblicas deja de existir para que ocupara el lugar que ella había ocupado el más poderoso de todos los Imperios. Augusto sube al Capitolio: César, grande, invicto y clemente, cierra las puertas de Jano, y dirige con

blando cetro, y en paz y justicia, casi todo el orbe de la tierra.

Durante esta tregua universal y este universal reposo, viene al mundo el Salvador de los hombres. Cualquiera diría que, noticioso el mundo de que se iba á realizar su llegada, le estaba aguardando en un reverente silencio.

III

Antes de proseguir la relación de las vicisitudes que ha tenido la lucha entre el Oriente y el Occidente, me ha parecido necesario entrar en algunas explicaciones sobre el significado filosófico de esa lucha, que es un hecho constante y universal de la historia.

La lucha entre el Oriente y el Occidente es un hecho idéntico por su naturaleza á la lucha entre diversas naciones. La lucha entre diversas naciones es un hecho idéntico por su naturaleza á la lucha entre diferentes tribus, y la lucha entre diferentes tribus es un hecho idéntico por su naturaleza á la lucha entre diversas familias. Todos estos hechos reconocen un origen común, significan una misma cosa y producen el mismo resultado.

Todos estos hechos *reconocen un origen común*, porque tienen su origen en la unidad de la naturaleza humana. Las familias, reconociéndose idénticas entre sí, procuran agruparse, y de su agrupación nace la tribu. Reconociéndose las tribus idénticas entre sí, procuran agruparse, y de su agrupación nacen los pueblos. Reconociéndose los pueblos idénticos entre sí, procuran agruparse, y sus agrupaciones derivan su nombre de las grandes divisiones geográficas del globo. Así, la agrupación de los pueblos orientales produce la unidad del Oriente, la de los occidentales la unidad del Occidente, la de los septentrionales la unidad del Septentrión, la de los meridionales la unidad del Mediodía. Los pueblos del Oriente, los del Occidente, los del Septentrión y los del Mediodía se reconocen idénticos entre sí, y reconociéndose idénticos procuran agruparse. Su agrupa-

ción será el último término de todas las agrupaciones históricas, y á su agrupación camina el mundo.

Todos estos hechos *significan una misma cosa*, porque significan que si las familias y las tribus y las naciones se dirigen á un mismo término, se dirigen á ese término por un camino único: la guerra. La unidad del medio proporcionada á la unidad del fin se explica, como ella, por la unidad de la naturaleza del hombre. Dondequiera que hay agrupación entre varios hombres, entre varias familias, entre varias tribus ó entre varios pueblos, allí hay necesariamente cierto orden jerárquico sin el cual no pueden existir las Asociaciones humanas. Este orden supone la existencia de un Soberano y un súbdito que en toda clase de Asociación son las dos únicas personas necesarias, porque son las dos únicas personas sociales. Donde hay un súbdito y un Soberano hay una sociedad, aunque esa sociedad tenga sus límites en el hogar de la familia.

En las agrupaciones en donde no hay súbdito ni Soberano no hay sociedad, aunque la agrupación se dilatara hasta los últimos remates de la tierra. Si esto es así, cuando varias familias procuran agruparse para formar una tribu, no pueden constituirse en esa manera de asociación sin que una de esas familias prevalezca sobre las demás; es decir, sin que una de esas familias sea soberana. Si esto es así, cuando varias tribus procuran agruparse para formar un pueblo no pueden constituirse en esa manera de asociación sin que una de esas tribus prevalezca sobre las demás; es decir, sin que una de esas tribus sea soberana. Si esto es así, cuando varios pueblos procuran agruparse para formar una de las grandes divisiones del globo, no pueden constituirse en esa manera de asociación sin que uno de esos pueblos prevalezca sobre los demás; es decir, sin que uno de esos pueblos sea soberano. Finalmente, si esto es así, cuando los varios pueblos que habitan las diferentes zonas de la tierra procuran agruparse para formar la gran asociación humana, término de todas estas asociaciones progresivas, no pueden constituirse en esa manera de asociación sin

que una de esas zonas prevalezca sobre las demás; es decir, sin que en una de esas zonas se asiente el Trono del mundo.

Por donde se ve que el contacto de las familias, de las tribus y de las naciones entre sí, promoviendo una cuestión de asociación, promueve necesariamente una cuestión de soberanía. Ahora bien: una cuestión de soberanía no puede resolverse sino por medio de la guerra; por eso la guerra es el medio universal de las asociaciones humanas. Por lo demás, la palabra guerra, tomada aquí en su acepción filosófica, está tomada en un sentido más lato. Con esta palabra no quiero significar solamente la lucha entre las fuerzas físicas, sino también entre las fuerzas morales, intelectuales é industriales de las naciones. Hay cierta época en la Historia en que la soberanía corresponde al pueblo más fuerte; en esa época la cuestión de la soberanía se decide por la guerra entre los Ejércitos y en los campos de batalla. Hay otra en que la soberanía corresponde al pueblo más civilizado; en esa época la cuestión de la soberanía se decide por la guerra entre las varias civilizaciones del mundo. Hay otra, en fin, en que la soberanía corresponde al pueblo más industrial; en esa época la cuestión de la soberanía se decide por medio de la guerra entre las industrias rivales ¹.

Todos estos hechos *producen el mismo resultado*, porque todos adelantan la obra inmensa de la civilización en la prolongación de los siglos.

Explicada la universalidad y la permanencia de la lucha entre el Oriente y el Occidente por esa aspiración universal y constante de todas las sociedades á constituirse en centro de la unidad del género humano, obedeciendo así á los designios de la Providencia y á las leyes eternas de la Historia, es llegado el caso de exponer aquí algunas consideraciones que me parecen esenciales sobre el carácter especial de esa lucha que hemos visto nacer, y cuyas fases hemos recorrido ya hasta la

¹ Excusado es advertir que los orígenes que Donoso atribuye aquí á la guerra y á la soberanía son meras creaciones de su fantasía. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

época de Augusto, señor de casi todas las regiones de la tierra. Por las consideraciones que voy á exponer se entenderá fácilmente cuán cierto es que hay una inteligencia superior que dirige y ordena los acontecimientos humanos. Su existencia, al mismo tiempo que cae bajo el dominio del entendimiento, cae bajo el dominio de los ojos; proclamada por la razón, está atestiguada por la historia; sin ella no podrían explicarse ni la historia, ni la sociedad, ni el hombre.

El Oriente y el Occidente no han venido á las manos en todas las grandes épocas históricas en su propio nombre, sino en el de ciertos principios de que uno y otro han sido siempre legítimos representantes. El Oriente y el Occidente han resuelto siempre de una manera distinta, por no decir de una manera contraria, todas las grandes cuestiones que ocupan á la humanidad en toda la prolongación de los tiempos. Para convenirse de esta verdad basta fijar los ojos, por una parte en la Europa, por otra parte en el Asia, ó si se quiere, por una parte en la Grecia, por otra parte en la India.

En todas las regiones del globo ha habido lucha, y una lucha terrible entre la naturaleza física y la voluntad humana, puesto que el hombre no ha podido apropiarse la tierra sino después de haber luchado con los monstruos que la habitaban, con los bosques que la cubrían y con los mares que la servían de prisión sirviéndola de cintura. Esa lucha terrible entre el hombre y la naturaleza, entre los elementos y el hombre, está consignada en todas las tradiciones de los pueblos primitivos; para penetrar hasta el origen de esas tradiciones universales pero misteriosas, sería necesario traspasar los confines de la Historia y las fronteras de la fábula. ¿Qué otra cosa es Hércules luchando con los monstruos, sino la personificación de esa lucha del hombre con la naturaleza y con los elementos? ¿Qué otra cosa es esa personificación sino el recuerdo vago, tradicional, de esa lucha en una edad primitiva? Obsérvese que el personaje fabuloso conocido con el nombre de Hércules es un personaje cuya propiedad reclaman todos los pueblos; prueba

evidente, según mi modo de ver, de que es el símbolo de un hecho universal y la personificación de una época común á todas las naciones.

En esta lucha terrible, el europeo salió sin duda vencedor y el asiático vencido; porque aun hoy día es, y el hombre de la Europa respira libre sobre la tierra, sujeta á su voluntad y domada, mientras que el asiático está como sofocado en medio de una atmósfera que le enerva, de una vegetación tan colosal que le abruma. En la India el hombre es pequeño en presencia de la naturaleza. En la Europa la naturaleza es pequeña en presencia del hombre. El asiático tiene la conciencia de su vencimiento y de su debilidad; el europeo la tiene de su victoria y de su fuerza. De aquí nacen todas las diferencias que se advierten entre sus creencias políticas y religiosas.

Para el asiático, Dios es la naturaleza, la naturaleza es Dios; porque para el asiático la naturaleza es el agregado de todas las fuerzas existentes y de todas las fuerzas posibles; ¿qué mucho que el hombre conceda los atributos de la omnipotencia á quien le ha vencido siempre y á quien no ha podido vencer nunca?

Para el asiático, el hombre es un ser cuya voluntad es esclava de Dios, es decir, esclava de la fuerza; ¿qué mucho que el hombre niegue la libertad cuando su voluntad ha sido siempre vencida?

Así, el panteísmo es su religión, y el fatalismo su dogma.

El asiático ha formado la sociedad á imagen de Dios, después de haber formado á Dios á imagen de la naturaleza.

El asiático reconoce como Soberano al más fuerte. Si la fuerza es para él el atributo de la Divinidad, ¿qué mucho que la fuerza sea para él el atributo de la soberanía?

El asiático adora como á un Dios al que le manda. Si la fuerza constituye la Divinidad, ¿qué mucho que adore como á la Divinidad al que es fuerte?

Así, el despotismo es la única forma de gobierno que concibe, y la obediencia pasiva el único dogma político que proclama.

Para los europeos, la naturaleza, que es el agregado de todas las fuerzas materiales, es esclava. ¿Qué mucho que el europeo mire como esclava á la que sometió á su albedrío?

Para los europeos, la Divinidad no es una fuerza material, ni un agregado de fuerzas materiales, sino una inteligencia increada, un espíritu puro. ¿Qué mucho que el hombre reconozca como atributo de la Divinidad á la inteligencia suprema, cuando con su inteligencia limitada ha podido domar todas las fuerzas materiales?

Para los europeos, la libertad del hombre coexiste con la Providencia divina; porque ¿cómo negaría su libertad el hombre, en donde todo sucumbe ante esa libertad, en donde la naturaleza domada le llama su señor, y rendida á sus pies canta sus triunfos?

Así, el espiritualismo es el fundamento de su religión, y la libertad humana la primera de todas sus creencias y el primero de todos sus dogmas.

El europeo no puede reconocer en la fuerza material el atributo de la soberanía, porque ¿cómo reconocería por señora á la que ha sido su esclava? El que no rindió parias ni homenaje á las fuerzas de la naturaleza, ¿las rendiría, por ventura, á la fuerza material de los tiranos? El europeo, que está pronto á sublevarse contra la tiranía de la naturaleza, está pronto á sublevarse contra la tiranía de los hombres.

El europeo obedece á los Poderes legítimos, es decir, á los Poderes sancionados por la razón y por el tiempo; pero obediéndolos no abdica su libertad, no los adora. Sus adoraciones están reservadas para Dios; en cuanto á su libertad, ¿cómo la sacrificaría en los altares de los hombres cuando no la sacrifica en más elevados altares?

De esta manera, en Europa el hombre es espiritualista y libre. En Asia, materialista y esclavo.

La lucha entre el Oriente y el Occidente tiene por objeto providencial resolver la cuestión de si el hombre ha de levantar altares al espíritu ó á la materia, á la libertad ó al destino.

Para convencerse de esta verdad bastará poner la consideración en que todos los conquistadores del Oriente han buscado su punto de apoyo en el número, es decir, en la fuerza material de sus Ejércitos, mientras que los capitanes del Occidente le han buscado en la disciplina, es decir, en la fuerza moral de sus legiones. ¿Quién no ve aquí la lucha entre las fuerzas físicas y las intelectuales, entre la materia y el espíritu, entre las fuerzas de la naturaleza y la inteligencia del hombre? El que no ve en la lucha de esos Ejércitos la lucha de estos principios, ignorará siempre que los principios explican los hechos, que la Filosofía explica la Historia.

IV

Entre la conquista del Oriente por Roma y su conquista por Alejandro, á vuelta de algunas semejanzas, hay diferencias esenciales que me parece necesario consignar aquí por la luz que derraman sobre las distintas fases que va presentando la cuestión del Oriente con el progreso de la civilización y con el transcurso de los siglos.

El destino del Oriente era ser vencido por el Occidente, porque está escrito que la materia ha de obedecer al espíritu; que la fuerza ha de obedecer á la razón; que el número no ha de prevalecer sobre la disciplina; que las fuerzas materiales han de obedecer á las intelectuales, y que el destino, esa divinidad ciega é inexorable del Oriente, no puede asentar su dominación sobre la tierra, ese gran feudo concedido por Dios á la libertad humana. Pero ese gran acontecimiento que ha tenido en expectación á las naciones, debía sujetarse, como todos los acontecimientos humanos, á la ley providencial de la Historia. En virtud de esa ley, la humanidad camina; pero como ha de caminar siempre sin reposarse jamás, y como su camino es agrio y escabroso, sus pasos son medidos y lentos. El hombre se apresura, porque siente dentro de sí la voz de su espíritu, que le dice que sólo es dueño de la hora que se desliza y

que pasa; pero ¿por qué se apresuraría el género humano, como se apresura el hombre, cuando tiene delante de sí el océano de los tiempos, y cuando las fronteras de la eternidad son sus únicas fronteras?

El Occidente debía salir vencedor del Oriente en tiempo de Alejandro, porque la cultura intelectual de la Grecia era un progreso comparada con el materialismo grosero de los pueblos asiáticos, y la humanidad entonces, como ahora y como siempre, debía caminar hacia la conquista de sus gloriosos destinos por el camino del progreso; pero la victoria de la Grecia sobre el Asia no podía ser definitiva, porque la civilización de la Grecia no era definitiva tampoco. Una victoria definitiva sólo podía ser el resultado de una civilización completa. Sin embargo, las conquistas del Generalísimo de los griegos no fueron estériles. Con ellas tuvo fin aquel colosal Imperio que había pasado á los persas de manos de los medos, y á los medos de manos de los asirios. De esta manera perdió el Asia aquella fuerza que consistía en su volumen, y sin la cual no podía resistir á la civilización de los pueblos de Occidente. Por otra parte, los griegos del tiempo de Alejandro, como los franceses en tiempo de Napoleón, al derramarse por el mundo sembraban por el mundo sus ideas. De esta manera, puesta el Asia en contacto con la Europa, perdió á un mismo tiempo su unidad material y su unidad moral: la material, porque se fraccionó su territorio; la moral, porque se alteraron sus costumbres.

La civilización romana fué un verdadero progreso comparada con la civilización griega. Su organización política era más robusta, su organización social más poderosa, su unidad territorial más grande, sus leyes más sabias, sus hombres de Estado más previsores y prudentes. Los que en punto á civilización dan la palma á los griegos sobre los romanos, confunden la civilización con la cultura. La cultura es la civilización propia de un pueblo de poetas y de artistas. La civilización es la cultura propia de un pueblo que se ocupa en resolver graves problemas políticos y graves problemas sociales. La cultura es

la civilización de un pueblo en su infancia; la civilización es la cultura de un pueblo ya adulto y ocupado en pensamientos viriles.

Entre las conquistas del Oriente por Alejandro y su conquista por Roma, hay, pues, la notable diferencia de que, en el intervalo que se advierte entre las dos, la civilización propia de los pueblos occidentales había progresado, y la civilización propia de los pueblos orientales había retrocedido. La primera había marchado en un constante progreso; la segunda en una constante decadencia. Esto sirve para explicar por qué la conquista del Oriente por los romanos fué más fácil y más bien asentada que la conquista del Oriente por los griegos.

Sin embargo, la victoria de Roma no podía ser definitiva, porque su civilización, siendo más avanzada que la de los griegos, no era tampoco completa. Así sucedió que cuando Roma fué señora de la tierra y amarró al mundo al Capitolio, no pudo con sus trofeos. Sus hombros no eran hombros para llevar el mundo; su mano no era bastante poderosa para llevar el Cetro de las gentes; alrededor del Capitolio no cabían las naciones. Entonces abdicó en manos de los Césares, de quienes fué primero esclava y luego prostituta. Los historiadores dividen el Imperio, en la época de su engrandecimiento y de su gloria, en la de su declinación y su oprobio, y en la de su agonía y de su muerte. Esta clasificación, considerada desde cierto punto de vista, es arbitraria. La historia de la República es la historia del progreso; la historia del Imperio es la historia de la decadencia de Roma. Cuando la República desapareció, Roma había perdido sus costumbres con sus discordias civiles, origen fecundo, no sólo de grandes desastres, sino también de grande inmoralidad para los pueblos. Cuando la República desapareció, Roma había visto profundamente alteradas sus ideas con el progreso de la filosofía materialista de Epicuro. Señora del mundo desde los tiempos de Sila, alteradas las ideas y las costumbres del mundo romano, se alteraron también sus creencias religiosas, hasta el punto de recibir con festejos y con ho-